

Jaime Rubio Hancock

Instrucciones para disculparse

El País, 23 de agosto de 2023.

Vamos a detenernos en las disculpas. No para hacer leña del presidente de la Federación Española de Fútbol caído (o a punto), sino para intentar averiguar por qué a veces, como en este caso, las disculpas públicas nos parecen artificiales, forzadas, insinceras e insuficientes.

Una disculpa es una expresión de arrepentimiento por haber insultado, fallado, herido o perjudicado a alguien. Como escribe Mihaela Mihai, filósofa y profesora de teoría política en la Universidad de York, cuando nos disculpamos con otra persona, reconocemos su valor moral, admitimos que nuestras acciones le han hecho daño, e intentamos reconciliarnos con ella. Si hablamos de disculpas públicas, también estamos reafirmando principios y valores que compartimos todos y que hemos vulnerado. Hay que recordar, como escribe el filósofo John Danaher en su blog, que una excusa no es una disculpa, aunque puedan ir unidas. Con una excusa, queremos dejar claro que no tenemos la culpa (o toda la culpa) de lo ocurrido. Con una disculpa, asumimos este error, al menos en parte.

Por lo general, entendemos que la persona que presenta sus disculpas no tiene derecho a que se le perdone, aunque estas disculpas sean sinceras y aunque de verdad haya aprendido la lección: “El perdón sigue siendo el privilegio de la víctima”, escribe Mihai. No todo el mundo está de acuerdo: la filósofa Cécile Fabre sostiene que en algunos casos, cuando la disculpa es sincera y expresa todo lo que esperamos de ella, tenemos el deber moral de aceptarlas.

Las disculpas pueden ser personales (por ejemplo, si piso a alguien en el metro), de personas a colectivos (un político pide perdón por un caso de corrupción) o entre colectivos (como cuando una empresa pide perdón por su pasado nazi).

¿Dónde entran las de Rubiales? Creo que ni él lo tiene claro, como escribía esta semana Manuel Jabois. No sabemos si se ha disculpado en privado con Hermoso, y en sus disculpas públicas no pide perdón a los aficionados o al equipo, sino a un colectivo que no tenemos claro cuál es: el de las personas que han visto “de otra manera” lo que en su opinión era “un momento de máxima efusividad”.

Cómo deberíamos disculparnos

¿Qué es lo que debería expresar una disculpa? Algunos filósofos han intentado establecer un número de condiciones que varían: la lista puede ser extensa y detallada, o breve y flexible. Nick Smith, autor de *I Was Wrong: The Meaning of Apologies*, es uno de los más estrictos, pero aun así recuerda que estas características no son una lista de requisitos imprescindibles, sino más bien claves para entender por qué a veces nos parecen insuficientes o, al revés y más importante, por qué no conseguimos expresar nuestro arrepentimiento de forma adecuada.

Se pueden resumir en cuatro:

1. El reconocimiento de lo ocurrido y de que fue inapropiado. En su disculpa, Rubiales habla de “un hecho que tengo que lamentar y es todo lo que ha ocurrido entre una jugadora y yo”. Ni nombra de forma explícita “el hecho” ni dice que fuera incorrecto.

2. El reconocimiento de la responsabilidad por este acto. Rubiales ni siquiera afirma haber hecho nada, por lo que no sorprende que tampoco asuma su responsabilidad. Asegura que ese "hecho" ocurrió de forma espontánea, "sin ninguna mala intención", casi como si hubiera tropezado. Desde luego, podemos equivocarnos sin mala intención, e incluso creyendo que hacemos lo correcto. Pero el error sigue siendo nuestro, no es algo que pase solo.

Hay un momento en el que llega a decir que no hubo mala fe "por ninguna de las dos partes", lo que quiero pensar que es un lapsus, pero que suena como si quisiera descargar parte de la culpa en Hermoso. Lo que sí hace de forma clara es disculparse porque "se ha formado un revuelo" y "hay gente que se ha sentido por esto dañada". Es decir, no se está disculpando por su beso forzado, sino porque mucha gente se ha enfadado por lo ocurrido, dando a entender que al menos parte del problema viene de la susceptibilidad de los demás.

No resulta difícil ver por qué estas disculpas siempre se quedan cortas. Por ejemplo, si yo te clavo un tenedor en el ojo, no es lo mismo decir:

—Siento que te duela el ojo y me sabe fatal que tengas que ir a urgencias.

Que:

—Siento haberte clavado un tenedor en el ojo.

En el primer caso, no me hago responsable de lo obvio: te he clavado un tenedorazo. Esto es importante porque cuando asumimos nuestra responsabilidad también estamos poniendo de manifiesto que compartimos una serie de valores, ya que admitimos que lo que hemos hecho está mal.

Aunque a veces no los compartimos: como dice Smith, las posturas pueden ser irreconciliables y podemos pensar (con o sin razón) que no hay motivo para la disculpa. Por ejemplo, pongamos que yo digo que Carles Puigdemont no es el presidente legítimo de nada y un votante de Junts se ofende. Como mucho, yo podría disculparme por haber sacado el tema, pero no por lo que he dicho, ya que creo en lo que acabo de decir.

3. La expresión de remordimiento. Este remordimiento, como dice Smith, debe transmitir de algún modo el deseo de no haber cometido la transgresión (y no solo de que no nos hayan pillado).

Hay un momento en el que Rubiales parece que va a expresarse en este sentido. Al final dice estar "apenado" porque "esto ha empañado en cierto modo la celebración". Pero, de nuevo, el problema es decir "esto". No admite ni en ese momento ni antes que "esto" es una acción suya y él es el único responsable de haber empañado la celebración.

Es como si después del tenedorazo en el ojo yo digo que me sabe mal que no hayamos llegado a los postres.

4. La intención de no cometer los mismos actos en el futuro. Rubiales habla de la necesidad de aprender, aunque se refiere de nuevo a aprender "de esto" y no de "mi error". Expresar esta intención es importante porque, como dice Smith, al hacerlo nos comprometemos a "una idea compartida de la bondad, de la justicia y del sentido de la vida".

El mismo filósofo añade la necesidad en muchos casos de algún tipo de reparación y de “hacerse responsable de forma práctica por el daño causado”. Por ejemplo, si me prestas el coche y le doy un golpe, puedo ofrecerme a pagar el taller. O, en el caso de un cargo público, puede dimitir. Los actos tienen consecuencias y estas no siempre acaban con las disculpas. No es lo mismo un pisotón involuntario en el metro que desviar varios millones de euros en fondos públicos

Merece la pena insistir en que estas características no son una lista que todas las disculpas tengan que cumplir siempre. Siguiendo con el ejemplo del pisotón en el metro, no hace falta que encima le soltemos un discurso de media hora al pobre hombre al que acabamos de pisar. Lo que sí debemos recordar es que toda esta reflexión nos ayuda a entender mejor nuestros errores y cómo podemos repararlos, si es que podemos.

Perder el miedo a pedir perdón

Las disculpas públicas tienen un problema añadido, aunque relacionado con todo lo que venimos diciendo: a menudo las pide gente que no siente la necesidad a personas que tienen ganas de rechazarlas. A pesar de todo, los psicólogos Carol Travis y Elliot Aronson defienden su utilidad en su libro *Mistakes Were Made* ("Se han cometido errores", en referencia a una frase de Ronald Reagan). En su opinión, queremos oír cómo las autoridades asumen su responsabilidad con sinceridad, sin escaquearse y con la promesa de hacer todo lo posible para que nada de eso vuelva a pasar.

Esto no vale solo para cargos públicos, médicos y abogados. También nos lo tenemos que aplicar nosotros. A menudo nos equivocamos y a veces, más de lo que nos gustaría reconocer, hacemos daño a otras personas. Como escriben Travis y Aronson, si no admitimos estos errores, no solo estamos añadiendo un mal a otro, sino que además transmitimos una imagen de arrogancia y de insensibilidad.

Para disculparse hay que ser muy valiente. Y no siempre lo somos.